



ALQUIMISTA DEL ESPACIO

Pedro Celedón

Historiador del Arte

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

La muerte de Juan Carlos Castillo materializó dramáticamente esa distancia apabullante que existe entre el mundo que conocemos y ese estado del no-ser, que nos empequeñece en la inmensidad incógnita.

Esto puesto que, desgraciadamente, con él se fue el talento de uno de los principales artistas de su generación, responsable directo del alto nivel alcanzado

en ambientación y por ende en fotografía del cine chileno actual, a la vez de ser un colaborador constante del teatro, materializado en aportes relevantes durante años y que hoy puede ser constatado en la magnífica escenografía de la obra **El desquite** del grupo *Sombrero Verde*.

Juan Carlos fue siempre uno de esos personajes de rostro anónimo para el público pero que sin embar-



go, son piezas fundamentales del engranaje, no sólo a la hora del evento sino que muchas veces desde el origen mismo de una idea que, con el tiempo y el trabajo, devendrá un filme, un spot publicitario, una pieza de teatro o un libro.

Durante 30 años su nombre se fue abriendo camino en el difícil mundo de la creación de ambientes, luces y vestuarios, al punto de llegar a ser apoyo obligado para realizadores capaces de generar proyectos con impacto.

Juan Carlos Castillo fue el artista que con su experiencia, disciplina y talento participó sistemáticamente en la realización de 16 películas en Chile desde 1984, entrando en una dinámica de más de un filme por año e imprimiendo una huella absolutamente visible en atmósferas difíciles de olvidar, como la iglesia sumergida en **La frontera** (Larraín), los cuerpos pintados en **Archipiélago** (Perelman) o el suelo encendido de velas en una toma sobresaliente de la **Rubia de Kennedy** (Balseki).

En un momento en que Chile vive la historia la hibris de un triunfalismo competitivo y parte de la juventud que se aproxima al teatro, al escaso cine o a la TV lo hacen con fiebre de ser estrellas a la primera, Juan Carlos Castillo se ofreció como la otra cara de la moneda, aquella en que el tesoro no es la competitividad, sino el ser competente, talento bíblico necesario de multiplicar con cuidado, trabajo y capacidad de desechiar la vanalidad, las soluciones fáciles y el seductor efectismo.

Castillo como muchos de los artistas chileno recurrió por momentos a la publicidad, realizando en esas instancias trabajos que le valieron el ser invitado por cineastas chilenos destacados como Caiozzi y Larraín, generando con este último el proyecto de **La frontera**, en el cual participó desde sus inicios más elementales, recorriendo con el director las zonas del sur en busca de los espacios en que sería rodada y, posteriormente, no sólo realizando la escenografía de casas, iglesias, biblioteca, sino que también vestuario, utilería y participando en el *casting* de los actores.

La frontera es sin duda uno de los films en que la poesía de la imagen está presente con la misma fuerza

que los actores, no por lo que es sólo un entorno de arquitectura virtual en el cual transcurren las escenas, sino claramente signos significativos que narran la historia en dimensiones y ritmos.

El pueblo en que fue filmada es absolutamente cinematográfico, siendo el resultado de cuatro villosos distintos de la zona de Puerto Saavedra, algunos incluso distantes entre sí a 50 km.

La unión de ellos en el montaje fue una proeza de Castillo como director de arte y de todo el equipo, puesto que no existe un sólo momento en que se perciban los cambios naturales que se producen en localidades distintas.

Pero por sobre las soluciones técnicas, la ambientación de **La frontera** sumerge en un universo onírico donde el narrador omnipotente es el entorno, creado éste por Castillo.

El mismo efecto produjo durante toda su exhibición el iceberg que en 1992 Chile expuso en Sevilla, el cual fue creado por él a partir de trozos millonarios, logrando una escultura de formas tan bien integradas que se ofrecía al ojo del espectador como el producto azaroso del tiempo, exprimiéndole una comunicación casi animada que se sobreponía al entorno tecnológico de refrigerador abierto que por fuerza la cobijaba. El iceberg como un animal mitológico trascendió incluso la feria e inspiró obras importantes como el cortometraje **Sueños de hielo**, de Ignacio Agüero.

La mano de Castillo logró en **Johnny cien pesos** armonizar los espacios reales con los creados en el estudio, como aquel pasillo de edificio céntrico cargado de tanta humanidad que era posible intuir su olor a vida y no a cola carpintero que exprimen incluso grandes producciones de estudios millonarios.

Castillo se fue formando por la experiencia directa y construyéndose un destino de maestro, de esos que en la cultura escasean.

La Escuela de Bellas Artes fue su centro de iniciación primaria, pero la pintura como tal fue inmediatamente depasada por sus inquietudes, y el destino lo llevó hasta Antofagasta en donde se encontró con Pedro de la Barra, motor del teatro chileno, que lo introducirá de lleno en la escenografía.



Juan Carlos Castillo maquillando a un actor de *Archipiélago*, película de Pablo Perelman.

Con Eugenio Guzmán se desplazará Santiago para ingresar al Departamento de diseño teatral de la Universidad de Chile, centro desde donde se atendieron las necesidades técnicas, creativas del teatro, el ballet y la ópera, transformándose en diseñador estable de ese bullante laboratorio en la época cuando Patricio Bunster dirigía el ballet y Bernardo Tupper ejercía como maestro en escenografía e iluminación.

El camino fue largo y trabajado durante tres décadas, participando en instancias claves del arte local como la revolución del ballet nacional iniciada por Iván Naghi en la década del 70 y su activa participación en el Teatro Casino Las Vegas, en donde el género de la comedia musical vivió su época de oro en Chile, montando producciones con la participación de especialistas que habían participado en los orígenes de obras tan prestigiosas como **West said history**, **El diluvio que viene** y **El Quijote de la Mancha**.

El teatro no estuvo nunca ausente en las inquietudes de Castillo y en su larga trayectoria aportó con escenografías a proyectos financiados, como a otros absolutamente *under ground*.

La lección de Castillo está en sus obras avaladas por larguísimos años de introspección, sentimientos, honestidad, y coraje, perfilándose como un patrimonio, hoy disperso, en donde los objetos han sido dignificados al trascender el utilitarismo y devenir personajes, oficiando en esto como un verdadero alquimista del espacio.

Al interior del Teatro de la Universidad Católica, Juan Carlos Castillo fue un activo participante, realizando diversas escenografías entre las cuales se encuentra la que en 1980 dirigiera Jaime Vadell sobre el texto de **Las preciosas ridículas**.

Igualmente realizó en 1984 la escenografía para la obra **Dónde está la Jeannette** de Luis Rivano y dirigida por Raúl Osorio, y en 1987 **Las tres hermanas** de Chejov bajo la dirección de Héctor Noguera.

Es posible destacar igualmente sus excelentes trabajos de escenografía, iluminación y vestuario realizados para los montajes de espejismos de Egon Wolff, dirigida por Eugenio Buzna en 1978, para **Una vida en el teatro** de David Mamet en versión dirigida por Héctor Noguera.